



## *Una historia de cómo nos endeudamos. Créditos, cuotas, intereses y otros fantasmas de la experiencia argentina*

de Ariel Wilkis (2024), Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 216 pp.

---

### Juan Arrarás

Centro de Estudios Sociales  
de la Economía

Escuela Interdisciplinaria de  
Altos Estudios Sociales

Universidad de San Martín

---

### Contacto:

jarraras@unsam.edu.ar

---

En “Una historia de cómo nos endeudamos”, Ariel Wilkis nos demuestra que seguir los endeudamientos monetarios de familias y hogares argentinos puede resultar un medio eficaz para comprender la dinámica de nuestra más reciente era democrática. A partir de la exploración de esos endeudamientos –así como de los instrumentos de crédito y medidas gubernamentales que los fueron ahorrando–, el autor desentraña una detallada “historia social y política de las deudas en democracia” (p. 12), en la que logra vincular las aspiraciones de distintos grupos sociales, las promesas incumplidas por la dirigencia política y algunas de las contradicciones estructurales que la economía argentina fue exponiendo durante los últimos 40 años.

Es allí donde radica la principal originalidad del texto: su eje principal son los compromisos monetarios contraídos por las clases medias y populares de la Argentina, y no ya su mucho más estudiada y diseccionada deuda externa. En efecto, si las ciencias sociales han demostrado un destacado interés en el endeudamiento soberano asumido por el Estado nacional con organismos financieros internacionales y acreedores privados, una reconstrucción sistemática de las deudas personales y privadas contraídas en distintas coyunturas históricas había sido escasa (o, directamente, nula) hasta el momento. Sin embargo, ello no implica dejar de lado la importancia de la deuda soberana en el análisis, ya que el libro logra reflejar una continua, compleja e intrincada relación entre esos compromisos externos, los endeudamientos monetarios de los hogares y las diversas coyunturas económicas y políticas suscitadas en el período.

Sostenido en una amplia y heterogénea fuente de datos –que combina registros etnográficos, entrevistas semiestructuradas, encuestas y trabajo de archivo sobre diarios, revistas, publicidades y demás–, se edifica un “itinerario metodológico sui generis” (p. 15) que logra remediar la ausencia de registros públicos capaces de reflejar la anatomía de los endeudamientos privados y particulares. En ese itinerario propuesto, los endeudamientos de “los de abajo” exhiben su capacidad para describir el derrotero no sólo de amplios sectores de nuestra sociedad sino también de la democracia argentina desde 1983 en adelante.

El libro comienza describiendo cómo el gobierno de Alfonsín tuvo que enfrentar las consecuencias del desastre económico y social causado por la última dictadura. Su primer capítulo, “La democracia indexada (1983-1989)”, inicia su recorrido con la descripción y el análisis de un artefacto que tampoco ha sido suficientemente abordado por las ciencias sociales: la circular 1050. “Dispositivo legal, político y financiero” creado por la dictadura a inicios de los años ochenta (p. 25), la circular 1050 –junto a otro conjunto de resoluciones emitidas por el Banco Central durante la gestión de Martínez de Hoz– estableció la indexación de los créditos en un contexto en el que la inflación estaba fuera de control. Siguiendo ese patrón, muchas deudas aumentaron de acuerdo con el exponencial crecimiento de las tasas de interés que, con idas y vueltas, se desplegaron desde inicios hasta mediados de la década de 1980.

La democracia no sólo heredó una abismal deuda externa y una elevada inflación, sino también muchas de las secuelas acarreadas por “la circular maldita” (p. 26). A pesar de la voluntad política por darle solución a esos problemas de endeudamiento “por abajo”, remediar las derivas de la 1050 no resultó tarea sencilla para el alfonsinismo. Deudores de diverso tipo, sobre todo hipotecarios, fueron las principales víctimas de una década en la que la indexación resultó “invencible” (p. 32). Sin embargo, mostró su crudeza más visceral con la espiral hiperinflacionaria de 1989. Ya sin la presencia de la 1050, la “híper” hizo que los pagos de alquileres, círculos de ahorro y saldos de tarjetas de crédito resultaran imposibles de pagar para muchos. Las deudas colaboraron, de ese modo, a que muchas familias de clase media fueran ampliando las filas de “nuevos pobres” que brotaban en esa coyuntura hiperinflacionaria. También a que las expectativas sobre un mejor porvenir que podía ofrecer la naciente democracia se horadaran significativamente entre muchos ciudadanos.

En su segundo capítulo, “Estables, convertibles y endeudados color verde”, el libro aborda los años que transcurrieron entre 1991 y la crisis de 2001-2002. Un período que comenzó con estabilidad cambiaria producto de la convertibilidad, un “boom” de préstamos hipotecarios y de tarjetas de crédito, pero que finalizó con “corralito”,

“corralón” y un sinnúmero de ahorristas golpeando las puertas de los bancos. Más allá de ese trágico corolario, la década de los años noventa fue dando muestras de los niveles de endeudamiento y sobreendeudamiento que alcanzaron no solo el Estado Nacional, sino también las clases populares y medias argentinas, muchas de ellas víctimas de un modelo económico que llevaría la desigualdad social a niveles inéditos. El “voto cuota” en 1995, los remates de campos durante la segunda mitad de la década y el estallido de las deudas privadas en el marco de la recesión de los últimos años de la convertibilidad son algunos hechos que el libro analiza para describir el período desde el prisma de los microendeudamientos.

La heterogeneidad y ampliación que exhibió el mercado de crédito durante la etapa kirchnerista es abordada en “Incluidos y endeudados nac&pop (2003-2015)”, el tercer capítulo del libro. Dichas características provinieron, sobre todo, de la incorporación de las clases populares como sujetos de crédito, quienes accedieron a diferentes productos financieros formales como nunca antes. Mucho tuvieron que ver en ello ese conjunto de políticas diseñadas para recuperar el poder adquisitivo de las grandes mayorías que desplegó el kirchnerismo con el fin de impulsar el consumo y reactivar la economía tras la debacle de 2001-2002. Así, el cobro de las transferencias de los programas sociales a través de bancos impulsó que una mayor cantidad de productos financieros ligados al consumo llegaran a las clases populares. Sin embargo, el arribo de préstamos personales, tarjetas de crédito, créditos de comercios minoristas y de cadenas de electrodomésticos implicó, además, un incremento sustancial de nuevas deudas en esos presupuestos hogareños, dadas las sobretasas de financiamiento que, en muchos casos, debieron pagar los sectores menos favorecidos. De ahí una contradicción que Wilkis refleja sobre los años kirchneristas: si bien se observó una reducción significativa de la desigualdad socioeconómica a partir del conjunto de políticas que se desplegaron en torno a ello, las dinámicas de endeudamiento entre los diferentes sectores sociales no mantuvieron la misma trayectoria. En concreto, la desigualdad se siguió expresando en relación con el tipo de crédito al que accedió cada clase social (hubo créditos al consumo para los más desfavorecidos, mientras los préstamos hipotecarios siguieron asignándose a las clases más acomodadas), las tasas de interés abonadas (perjudicándose a los sectores populares por sobre otros) y las deudas que esas dinámicas finalmente engendraron. Estableciendo una comparativa entre la dinámica suscitada en los años noventa y los años kirchneristas, el autor se pregunta: “¿Qué es más igualitario, un sistema que excluye del consumo, o uno que incluye profundizando las dinámicas de endeudamiento en el mercado de crédito?” (p. 126).

En “Prometieron emprendedores, engendraron deudores (2015-2019)”, el libro aborda el gobierno macrista. Tres pilares condicionaron las dinámicas de endeudamiento

durante ese período: la caída del ingreso real, la ampliación de la brecha de consumo entre las distintas clases sociales y un notable incremento de los gastos de mantenimiento en el presupuesto de los hogares (sobre todo por el pago de servicios). En ese contexto, el excesivo peso de los créditos respecto de los ingresos mensuales de los hogares y los cambios que exhibió el mercado de crédito significaron un contraste con lo suscitado durante el kirchnerismo. Entre esas transformaciones se ubicaron la disminución observada en la emisión de tarjetas y una ampliación crediticia basada en un conjunto de instrumentos financieros lanzados durante el macrismo: los UVA y los créditos de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES). Lanzados con la promesa de que las familias pudieran convertirse en propietarias de sus viviendas, los UVA se tornaron un problema para muchos argentinos de clase media dada la particularidad de estar atados a una inflación que se aceleró durante los últimos años de la administración macrista. Por su parte, dirigidos a los segmentos más desfavorecidos como jubilados, pensionados y beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo (AUH), los préstamos ANSES fueron créditos al consumo con una tasa subsidiada anual menor que la inflación. El Estado, que volvía a tomar deuda soberana con acreedores privados y con el FMI a niveles récord, se convertía, así, en acreedor de los ciudadanos más pobres a través de los créditos ANSES. El desplome del trabajo informal y, nuevamente, la inflación implicaron que el pago de las cuotas resultara dificultoso para muchas personas que, en algunos casos, tuvieron que pedir préstamos informales a tasas elevadas para cubrir los créditos que otorgaba el Estado.

La desigualdad que profundizó el gobierno macrista alcanzó niveles inéditos durante la pandemia de COVID-19 y su consiguiente Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO), un acontecimiento que aborda el último capítulo. En ese marco, un repentino detenimiento de la economía agravó aún más la vulnerabilidad financiera que muchos hogares ya experimentaban. Eso se reflejó en el crecimiento exponencial de sus deudas: atrasos en el pago de servicios, alquileres, expensas, cuotas de colegios y prepagas. En torno a ello, el capítulo refleja nítidamente cómo esos endeudamientos expresaron tensiones estructurales profundas, previas a la pandemia, que la crisis sanitaria agudizó y puso de manifiesto: desigualdades de género (la gestión de esas deudas recayó sobre todo en las mujeres), de vivienda (quienes alquilaban estuvieron más expuestos al endeudamiento) y de inserción laboral (se endeudaron más los trabajadores sin ingresos regulares).

En suma, a lo largo de todo el libro, las deudas de las clases populares y medias logran actuar como “método y símbolo” de la reciente era democrática. En tanto método, “aportan la clave para leer épocas y momentos, para atar tendencias de largo plazo y coyunturas (...), para conectar biografías e historias colectivas” (p. 201) y así “com-

prender el cómo y por qué de promesas y fracasos democráticos” (p. 12). Como símbolo, las deudas logran encarnar el vínculo entre política y sociedad. Ayudan a representar la relación existente entre las promesas vertidas por la dirigencia política, las expectativas sociales y el desencuentro que periódicamente se fue dando entre ambas. Por eso, narrar las crisis a través del modo en que se percibieron esos desencuentros colabora en la comprensión no sólo del pasado reciente sino también de la crítica coyuntural que nos ofrece el presente. Algo que el libro de Wilkis cumple con creces.